

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

31 de mayo, 7, 14 y 21 de junio de 2020

MD 2020/08

NUESTRA ESPERANZA ES EL SEÑOR

En estos meses de mayo y junio, se recuerdan las grandes solemnidades de Pentecostés, Santísima Trinidad y Corpus. Son fiestas que nos hacen profundizar en el misterio primordial de nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en definitiva, en el gran misterio de Dios que es amor y que nos acompaña.

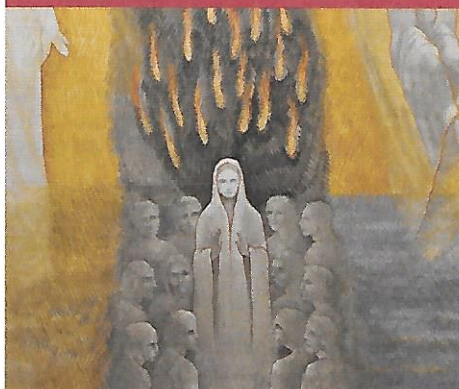
Justamente, este es un año que no olvidaremos a causa de la pandemia del coronavirus. Sin embargo, los cristianos, más que nunca, estamos invitados a confiar en un Dios que, entre el dolor, el sufrimiento, y la muerte, camina con nosotros.

Seguramente no olvidaremos las imágenes que hemos vivido estos días: unas celebraciones vividas desde la distancia, aunque compartidas desde la proximidad que nos han dado las nuevas tecnologías. O incluso, habremos visto las imágenes de ese sacerdote italiano repartiendo la bendición en nombre de un Dios que, a pesar del confinamiento de las personas, quiere hacerse un lugar en nuestras vidas.

Dios nos da fuerzas, el tiempo no se detiene, el amor de Dios nos invita a la esperanza en medio de la primavera, de una naturaleza que no se detiene. Quizá estamos invitados a cambiar el ritmo, a valorar precisamente las cosas importantes. Así nuestras celebraciones, las que ya hemos vivido y las que viviremos, desde la esperanza, nos dispongan a acogerlo y hacer presente el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la situación que nos toca vivir ahora y aquí.

DAVID ÁLVAREZ

Pentecostés / A
Santísima Trinidad / A
Cuerpo y Sangre de Cristo / A
D. 12 del tiempo ordinario / A



LA INCULTURACIÓN DE LA LITURGIA

(De la exhortación apostólica postsinodal «Querida Amazonia», del papa Francisco.
2 de febrero de 2020. Dentro del capítulo 4: Un sueño eclesial)

81. La inculturación de la espiritualidad cristiana en las culturas de los pueblos originarios tiene en los sacramentos un camino de especial valor, porque en ellos se une lo divino y lo cósmico, la gracia y la creación. En la Amazonia no deberían entenderse como una separación con respecto a lo creado. Ellos «son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural». Son una plenificación de lo creado, donde la naturaleza es elevada para que sea lugar e instrumento de la gracia, para «abrazar el mundo en un nivel distinto» (*Laudato si'*, 235).

82. En la Eucaristía, Dios «en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. [...] [Ella] une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado». Por esa razón puede ser «motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado» (*LS*, 236). Así «no escapamos del mundo ni negamos la naturaleza cuando queremos encontrarnos con Dios» (*LS*, 235). Esto nos permite recoger en la liturgia muchos elementos propios de la experiencia de los indígenas en su íntimo contacto con la naturaleza y estimular expresiones autóctonas en cantos, danzas, ritos, gestos y símbolos. Ya el Concilio Vaticano II había pedido este



esfuerzo de inculturación de la liturgia en los pueblos indígenas, pero han pasado más de cincuenta años y hemos avanzado poco en esta línea (Nota: En el Sínodo surgió la propuesta de elaborar un «rito amazónico»).

83. Al domingo, «la espiritualidad cristiana incorpora el valor del descanso y de la fiesta. El ser humano tiende a reducir el descanso contemplativo al ámbito de lo infrecuente o innecesario, olvidando que así se quita a la obra que se realiza lo más importante: su sentido. Estamos llamados a incluir en nuestro obrar una dimensión receptiva y gratuita» (*LS*, 237). Los pueblos originarios saben de esta gratuidad y de este sano ocio contemplativo. Nuestras celebraciones deberían ayudarles a vivir esta experiencia en la liturgia dominical y a encontrarse con la luz de la Palabra y de la Eucaristía que ilumina nuestras vidas concretas.

84. Los sacramentos muestran y comunican al Dios cercano que llega con misericordia a curar y a fortalecer a sus hijos. Por lo tanto deben ser accesibles, sobre todo para los pobres, y nunca deben negarse por razones de dinero. Tampoco cabe, frente a los pobres y olvidados de la Amazonia, una disciplina que excluya y aleje, porque así ellos son finalmente descartados por una Iglesia convertida

en aduana. Más bien, «en las difíciles situaciones que viven las personas más necesitadas, la Iglesia debe tener un especial cuidado para comprender, consolar, integrar, evitando imponerles una serie de normas como si fueran una roca, con lo cual se consigue el efecto de hacer que se sientan juzga-

das y abandonadas precisamente por esa Madre que está llamada a acercarles la misericordia de Dios» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 49). Para la Iglesia la misericordia puede volverse una mera expresión romántica si no se manifiesta concretamente en la tarea pastoral.

MATERIALES PARA LA TRINIDAD Y CORPUS

Lo dos primeros domingos del tiempo ordinario, una vez terminada la cincuentena pascual, celebramos dos fiestas litúrgicas importantes: La Santísima Trinidad y Corpus. En las Hojas para la Celebración correspondientes están las sugerencias principales, aunque aquí ofrecemos alguna más:

Para la **solemnidad de la Santísima Trinidad** tenemos la hoja verde *Año cristiano* 48 (titulada *Cinco claves para participar en la Trinidad*) que se puede usar como catequesis sobre el significado de esta fiesta litúrgica y de lo que significa la Santísima Trinidad en la fe y en la vida cristianas.

Para la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (este es el nombre oficial de la fiesta según la 3ª edición del Misal Romano), en la hoja para la celebración correspondiente proponemos un sencillo signo de adoración eucarística para hacer al final de todas las misas, con un momento de oración dejando sobre el altar la patena o el copón, después de la comunión, antes de la reserva. Tenemos también otras propuestas para el final de la misa de Corpus que se pueden incorporar:

- En la hoja verde *Año cristiano*, 49 se propone una prolongación de este mismo acto final de la misa con un rato más largo de oración ante la Eucaristía con textos, oraciones, cantos... y al final se da la bendición en el Santísimo.
- En la hoja verde *Año cristiano*, 52 se propone una procesión por dentro de la iglesia al final de la misa de Corpus, con custodia, incienso y bendición con el Santísimo.
- Otras hojas verdes que pueden ser útiles: una propuesta de Vigilia de oración ante el Santísimo fuera de la misa cerca de la fiesta de Corpus (*Año cristiano*, 28 y 29); una explicación del himno *Pange lingua* (*Año cristiano*, 36); un rato de oración ante la Eucaristía (*Oración*, 29).
- Finalmente, el cartel *Eucaristía: Pan y Vino, alimento y presencia por siempre* (*Sacramentos*, 4).



«DECÁLOGO»

DE LOS DONES DEL ESPÍRITU

*Decálogo presentado con motivo de la Vigilia de Pentecostés celebrada
en la iglesia de Santa María Maggiore en Vasto, la noche del 8 de junio de 2019*

1. Cultiva la sabiduría de la fe para medir y vivir todas las situaciones con la luz y la fuerza que vienen de Dios y nos hacen partícipes de la vida divina.

2. Escucha la Palabra de Dios, dócil a la acción del Espíritu que tienes con la guía de los Pastores de la Iglesia, para adquirir la ciencia adecuada de quien comprende y hace en cada momento la voluntad del Padre que está en los cielos.

3. Comprométete a crecer en el intelecto de la fe, alimentándote con los sólidos maestros que el Señor ha dado a su pueblo en el tiempo y en el espacio, tanto en el pasado como en el presente, como voz de la verdad que ilumina y salva.

4. Sigues abierto al don del consejo, respetando tu madurez espiritual y la de los demás bajo la acción del Espíritu, dejándote ayudar por guías espirituales humildes y sabios y, en la medida que puedas, dando a cada uno las opciones de vivir en la verdad y en la libertad.

5. Vive la fortaleza de la fe, testimoniando a todos y siempre la sobreabundancia de las promesas de Dios, que nos libera de la prisión de los males actuales y nos hace mirar hacia

adelante con confianza, más allá del fracaso o de la derrota, hacia el último horizonte de la vida e historia.

6. Sé rico en piedad, enamorado de Dios y ansioso de responder a su amor con un corazón humilde, apasionado y fiel.

7. Vive bajo la mirada del Señor, en el deseo de complacerle en todo, vigilante y trabajador en el santo temor de Dios, libre de cálculos y juicios mundanos.

8. Vive en la comunión de la fe de la Iglesia, en adhesión incondicional del corazón y de la vida al Señor de Jesús, que trabaja en nosotros mediante su Espíritu, especialmente a través de los sacramentos, signos eficaces de su gracia.

9. Alimenta en ti la esperanza teológica, perseverante con confianza en el camino que Dios ha marcado para ti y en que la Iglesia te ha confirmado a través de sus pastores.

10. Sé activo en la caridad, generoso con todos, acogiendo a los demás, lleguen de donde lleguen, para recibirlos con respeto y amor y ofrecerles con gratuidad los dones que Dios te ha concedido.

MONS. BRUNO FORTE,
Arzobispo de Chieti-Vasto

LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo es mencionado con muchos nombres en la Biblia, casi siempre refiriéndose a un papel o función específicas. La siguiente lista contiene los nombres bíblicos del Espíritu Santo y su localización en la Biblia.

1 Espíritu de gloria (1 Pedro 4,14).

Si os ultrajan por el nombre de Cristo, bienaventurados vosotros, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros.

2 El Señor (1 Tesalonicenses 3,12). En cuanto a vosotros, que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos, lo mismo que nosotros os amamos a vosotros.

3 Dios (Hechos 5,3-4). Pedro le dijo: «Ananías, ¿cómo es que Satanás se ha adueñado de tu corazón para que mientas al Espíritu Santo y retengas parte del precio de la propiedad? ¿Es que no la podías retener cuando la tenías? Y, una vez vendida, ¿no eras dueño legítimo del precio? ¿Por qué has puesto en tu corazón esta decisión? No has engañado a hombres, sino a Dios».

4 El Espíritu de revelación (Efesios 1,17). Os recuerdo en mis oraciones a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé Espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo.

5 El Espíritu del Hijo (Gálatas 4,6). Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!».

6 El Espíritu de Dios (Génesis 1,2; 1 Corintios 2,11; Job 33,4). La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el Espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios. El soplo de Dios me formó, el aliento del Todopoderoso me dio vida.

7 El Espíritu Eterno (Hebreos 9,14). La sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo.

8 El Espíritu del Señor (Isaías 61,1; Isaías 11,2; Hechos 5,9). El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad.

9 El Espíritu de Sabiduría (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

10 El Espíritu de Consejo (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

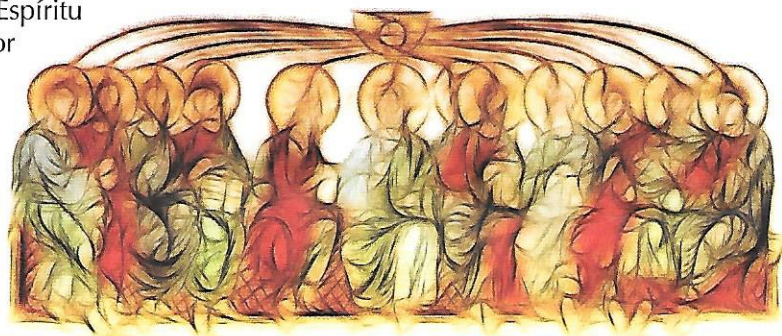
11 El Espíritu de Fortaleza (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

12 El Espíritu de Entendimiento (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

13 Es Espíritu de Conocimiento (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

14 El Espíritu de Reverencia / Temor del Señor (Isaías 11,2). Sobre él se posará el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor.

15 El Espíritu de Justicia (Isaías 4,3-4; 28,6). Cuando el Señor haya lavado la impureza de las hijas de Sión y purificado la sangre derramada en Jerusalén, con viento justiciero, con un sople ardiente, a los que queden en Sión y al resto en Jerusalén los llamarán santos: todos los que en Jerusalén están inscritos para la vida. Será Espíritu de justicia para quien debe juzgar, valentía para quien defiende las puertas de la ciudad.



16 El Espíritu Ardiente (Isaías 4,4). Cuando el Señor haya lavado la impureza de las hijas de Sión y purificado la sangre derramada en Jerusalén, con viento justiciero, con un soplo ardiente, a los que queden en Sión y al resto en Jerusalén los llamarán santos: todos los que en Jerusalén están inscritos para la vida.

17 El Aliento del Todopoderoso (Job 33,4). El soplo de Dios me formó, el aliento del Todopoderoso me dio vida.

18 El Defensor (Juan 14,16.26; 15,26; 16,7). Y yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor, que esté siempre con vosotros. Pero el Defensor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. Cuando venga el Defensor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Sin embargo, os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Defensor. En cambio, si me voy, os lo enviaré.

19 El Espíritu de la Verdad (Juan 14,17; 15,26). Él es el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros. Cuando venga el Defensor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.

20 El Poder del Altísimo (Lucas 1,35). El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios».

21 El Espíritu del Padre (Mateo 10,20). Porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

22 El Espíritu (Mateo 4,1; Juan 3,6; 1 Timoteo 4,1). Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es Espíritu. El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se alejarán de la fe por prestar oídos a espíritus embaucadores y a enseñanzas de demonios.

23 El Espíritu Bueno (Nehemías 9,20; Salmo 143,10). Les diste tu Espíritu bueno para instruirlos. No negaste el maná a su boca. Les diste agua para calmar la sed. Enséñame a cumplir tu ley, ya que tú eres mi Dios. Tu Espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana.

24 El Espíritu Santo (Salmo 51,13; Lucas 11,13; Efesios 1,13; 4,30). No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo Espíritu. Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden? En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad –el evangelio de vuestra salvación–, creyendo en él habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido. No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final.

25 El Espíritu Firme (Salmo 51,12). Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con Espíritu firme.

26 El Espíritu de Profecía (Apocalipsis 19,10). Caí a sus pies para adorarlo, pero él me dijo: «No lo hagas, yo soy como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús; a Dios has de adorar». El testimonio de Jesús es el Espíritu de profecía.

27 Los Siete Espíritus de Dios (Apocalipsis 1,4). Juan a las siete iglesias de Asia: Gracia y paz a vosotros de parte del que es, el que era y ha de venir; de parte de los siete Espíritus que están ante su Trono.

28 El Espíritu de Santidad (Romanos 1,4-5). Fue constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo nuestro Señor. Por él hemos recibido la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre.

29 El Espíritu de Adopción (Romanos 8,15). Pues no habéis recibido un Espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!»

30 El Espíritu de Vida (Romanos 8,2; Apocalipsis 11,11). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Y después de tres días y medio, un Espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y un gran temor cayó sobre quienes los contemplaban.

31 El Espíritu de Cristo (Romanos 8,9; 1 Pedro 1,11). Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros; en cambio, si alguien no posee el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Los profetas profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros tratando de averiguar a quién y a qué momento apuntaba el Espíritu de Cristo que había en ellos cuando atestiguaba por anticipado la pasión del Mesías y su consiguiente glorificación.

32 El Espíritu de Gracia (Zacarías 12,10; Hebreos 10,29). Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un Espíritu de perdón y de oración, y volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron. Le harán duelo como de hijo único, lo llorarán como se llora al primogénito. ¿Cuánto peor castigo pensáis que merecerá quien pisotee al Hijo de Dios, profane la sangre de la alianza que lo consagra, y ultraje al Espíritu de la gracia?

LA PRESENCIA REAL

¿En qué momento el Hijo de Dios, encarnado, muerto, resucitado, sentado a la derecha del Padre y que ha alentado el Espíritu Santo a los suyos, se hace presente en la asamblea eucarística? La *Constitución dogmática sobre la Sagrada Liturgia* (SC 7) habla de presencias del Cristo:

Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, «ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz», sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Sin embargo, ¿por qué hemos llegado a definir que Jesucristo *realmente presente* se encuentra en el pan y el vino eucaristizados? ¿Y por qué damos tanta importancia al momento llamado de la «consagración», y más en concreto, a las palabras dichas *consagatorias*? Es cierto que la mentalidad de buscar con qué palabras se produce la *consagración* es típicamente fruto de la escolástica. De entrada, fijamos la mirada en el modelo presentado por el propio Jesús en su Última Cena, convertida en la *Cena del Señor* (1Cor 11,20).

Jesús se despide celebrando una cena festiva, subrayando la fuerza de la convivialidad, de la comunión, de la alianza del amor con todos, sobre todo con los excluidos y sobrantes de su tiempo por motivos legales de tipos étnico, social y religioso o cultural. Jesús anticipa el banquete del Reino (Mc 14,25; Lc 22,18), la convivialidad futura entre todos los humanos y con Dios, su Señor y Creador. Jesús celebra su Pascua, su entrega por amor *hasta el extremo* (Jn 13,11), su paso de la muerte a la vida definitiva; y así convertirse en *vida para la multitud* (la *multitud inmensa* de los salvados, que incluye rechazados, pecadores...).

Con este gesto de darse (tomando el pan y compartiendo el mismo cáliz), se abre la puerta a la vida plena que el amor de Dios nos ofrece en Jesús (cf. Jn 3,16; 1Jn 4,8). El gesto de compartir el cáliz abre la esperanza, la de sentarse en el banquete del Reino de Dios. Este cáliz es el de la *nueva alianza* de Dios en la entrega de Jesús (Lc 22,20), y beber de él nos implica; nos implica en la fraternidad, la convivialidad (*sinodalidad*, porque estamos en camino), en la alianza de Dios con toda la humanidad.

Fijémonos en que las palabras interpretativas actuales sobre el cáliz no son las que encontramos en Lucas, sino las que encontramos en Marcos (y también en Mateo) y que ya tienen una forma cultural. En cambio, las de Lucas mantienen la forma testamentaria en la línea paulina, retomada por el cuarto evangelio, donde beber del

cáliz implica participar de la nueva alianza de amor (*Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*), del lavarse los pies unos a otros como Jesús (Jn 13,17).

Ahora bien, no es una cena como las demás con pan y vino, por eso se insiste en que son comida y bebida *espirituales*, porque nos unen al Señor crucificado y resucitado entre nosotros, convirtiéndose en uno solo en él (1Cor 10,16-17), expresan que son cuerpo de Cristo, y que lo son para dar vida, como su cuerpo librado/partido da vida. Así el mandamiento de «Haced esto en memoria mía» se refiere al gesto interpretado de Jesús, de tomar el pan y el vino, dar las gracias, y comer el pan partido y beber del cáliz compartido. Y no a las llamadas palabras consagradorias. Por eso, la Eucaristía actual sigue el modelo presentado por Jesús en su Última Cena. En concreto (1) *tomar el pan*, (2) *dar gracias*, (3) *partir el pan*, y (4) *darlo todo diciendo* unas palabras explicativas sobre el gesto; (5) *tomar el cáliz con vino y agua*, (6) *dar gracias*, y (7) *dar el cáliz a beber* diciendo unas palabras explicativas sobre el gesto. Aunque la Eucaristía de la Iglesia no se realiza en el contexto de una cena festiva judía, ni se dicen dos oraciones de acción de gracias como hizo Jesús (una sobre el pan y otra sobre el cáliz al final de la comida), porque el rito del pan y el del cáliz se han unido en una sola acción de gracias, que llamamos *plegaria eucarística*.

Así, la acción de Jesús de tomar el pan se hace en el momento de la *presentación de los dones*, la acción de gracias,

que es única, se hace en la llamada *plegaria eucarística*, la acción de partir el pan se hace en el momento de la *fracción del pan*, y la acción de darlo todo se hace en el momento de la *comunión* (cf. OGM 72).

Entonces, ¿cuándo se realiza la conversión del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Cristo? Se debería responder que, cuando los llevamos al altar son pan y vino, y que después de la acción de gracias (plegaria eucarística actual) con el sello del Amén puesto por la comunidad creyente, son el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Por eso después sucede la fracción del pan y la comunión.

¿Y por qué se ha insistido tanto en las palabras llamadas consagradorias? Pues porque se ha focalizado solo la presencia real en las especies transformadas (*transustanciadas*) y no se ha tenido presente que Jesús mismo ya está allí, porque hacemos la acción de gracias ante su presencia (como recuerdan las plegarias eucarísticas) y que la finalidad de la Eucaristía no es confeccionar el Cuerpo de Cristo, ser *uno solo en Cristo* (como recuerdan las plegarias eucarísticas). La Eucaristía crea comunión, celebra la comunión entre nosotros con Dios y con los pobres. No hemos de quedarnos solo en celebrar su presencia, sino también su entrega por amor hasta el extremo y la convivialidad del Reino ya inaugurada. Traicionamos el sentido dado por Jesús en su Última Cena cuando fomentamos divisiones, cuando no existimos para los demás, cuando no lavamos los pies de los demás, cuando no amamos como él nos ama...

JAUME FONTBONA



¡Reverendo, vaya modales!

Del libro de Mario
Delpini, arzobispo de
Milán, *Reverendo che
maniere!*

Et tamen concordēs. La concordia imperfecta

Queridos hermanos e hijos, cuánto más antigua es una herida, más difícil es de curar. Evitad pues las divisiones, los resentimientos, las murmuraciones y la tozudez: vienen del amor propio herido, no del amor por el Señor o por su santa Iglesia.

Hay que desear, buscar, reconstruir siempre la concordia, aunque sea imperfecta. Para entendernos y mantener la estima mutua, no es necesaria la existencia de un único punto de vista y que todo se haga sin discusión. En cambio, sí que hay que ser sinceros y amar al Señor más que no al propio punto de vista, y servir a la Iglesia más que a la propia ambición. Hay que tener la valentía de la confrontación directa, el respeto a la diferencia, la paciencia de buscar juntos, la humildad de reconocer los propios errores, la disponibilidad para obedecer, un sentido del humor que no permita que las pequeñas cosas se hagan enormes solo porque depositamos en ellas expectativas desproporcionadas.

Hay que aceptar de buen grado que la concordia permanezca imperfecta, pero que la caridad cuenta más. Y que el hecho de ser personas adultas se reconozca también por la determi-

nación con la que se resiste a la tentación de murmurar, hablando mal de un hermano.

Me conmueve realmente y me alegra, hermanos e hijos amados, cuando los sacerdotes que han ejercido su ministerio durante años en la misma comunidad, considerando el tiempo pasado, dicen: «¡Nunca ha habido entre nosotros una división, ni una polémica, ni un litigio. Somos muy diferentes entre nosotros, pero siempre ha habido estima, respeto, ayuda mutua!». Este es un signo verdadero de Dios y os digo que cuando los curas se aman y se ayudan mutuamente son un testimonio verdaderamente persuasivo y resultan invencibles: ni el estallido de las persecuciones, ni los estragos de la herejía, ni el hielo de la indiferencia pueden agotar o doblegar a dos sacerdotes que comparten con cordial fraternidad la fe, la pasión apostólica y la práctica pastoral.



Última página

COMPLEMENTO DE LA CINCUENTENA PASCUAL

Uno de los objetivos de la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II consistió en destacar la unidad del año litúrgico en torno a dos grandes celebraciones, la Pascua y la Navidad. Ambas vienen a ser como los dos epicentros de una elipse en la que pivotan tanto los grandes ciclos de Adviento/Navidad y Cuaresma/Pascua como los domingos del denominado Tiempo Ordinario (que de «ordinario» no tiene nada). Los epicentros son el domingo de Pascua en la resurrección del Señor y la solemnidad del 25 de diciembre. Pero esta visión o comprensión es más teórica que real porque, si nos fijamos solamente en la Cincuentena Pascual, nos encontramos al final de esta con las significativas solemnidades de la Santísima Trinidad (este año el 7 de junio) y del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (el 11 de junio aunque trasladado al 14 del mismo mes). A estas grandes convocatorias se añade la solemnidad (no de precepto) del Sagrado Corazón de Jesús.

La cuestión es cómo percibir y mostrar la unidad y, sobre todo, la relación con la Pascua en todas estas «solemnidades». No es una cuestión meramente teórica sino pastoral y espiritual en línea

con la primacía y, especialmente, con la referencia, atracción e incluso proyección del acontecimiento central del año litúrgico que es la celebración pascual por antonomasia, el ya referido «domingo de Pascua en la resurrección del Señor». San Pablo decía: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1Cor 15,14). Y podríamos añadir «y carentes de sentido nuestras celebraciones». ¿Cómo resolverlo? Dejando caer alguna sencilla referencia al Misterio Pascual cuando hacemos la homilía o exponemos el significado de esas solemnidades.

Seguro que desde esa óptica «pascual» se perciben muy bellas y sustanciosas referencias para la espiritualidad y la pastoral.

Téngase en cuenta que la reforma litúrgica dotó a estas solemnidades de tres series de lecturas, una para cada año, con lo que cada solemnidad cuenta con nueve textos. Aunque solamente hay un formulario de oraciones y prefacio para cada solemnidad, todos expresan muy bien el sentido de lo que la Iglesia quiere celebrar en los referidos días.

+JULIÁN LÓPEZ

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 ☉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicació: Xavier Aymerich

Año LII

Subscripció anual: 83,00 €

Precio de cada ejemplar: 5,20 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975